

A portrait of Jacqueline Balcells, a woman with short dark hair, wearing a red sweater and a patterned scarf. She is resting her chin on her hand and looking directly at the camera with a slight smile. The background is a bookshelf filled with books.

Jacqueline Balcells
escritora

¿Por qué?
soy lector?



Cuando era chica no existía la televisión. Y como era hija única y me lo pasaba enferma, mientras estaba en cama lo único que me entretenía era leer. Así fue cómo, apoyada en mi almohada, viajé por selvas, mares y galaxias. Con Tarzán y Mowgli conocí a los habitantes de la selva y entendí que leones y panteras pueden ser grandes amigos del hombre; navegué en barcos a vela, me enamoré de piratas y soñé que me raptaba Sandokán, el corsario más buenmozo y valiente del mundo; estuve largo tiempo bajo el mar en el Nautilus y viví alucinantes aventuras junto al peculiar capitán Nemo; Ray Bradbury me llevó a otros planetas y me di cuenta de cómo seríamos nosotros, los terrícolas, después de vivir mucho tiempo en Marte.

Finalmente, de tanto leer, me dieron ganas de escribir. Pensaba que los escritores eran unos magos que con su varita de lápiz mágica en un dos por tres hacían aparecer mundos increíbles y daban vida a hombres y animales. Y lo mejor de todo era que sus personajes, una vez en el papel,

existían para siempre. ¿Acaso al valiente rey Arturo o al intrépido Simbad no los habían conocido ya mis abuelos y bisabuelos? ¿Y no los seguirían leyendo mis hijos y luego mis nietos y bisnietos? ¿Y no sucedería lo mismo con Alicia, con Pinocho o con Gulliver?



Claro que una cosa era las ganas de inventar historias y otra cómo hacerlo. Me lo pasaba escribiendo cartas a mis amigas y todas las noches escribía, aunque fuera una frase, en mi diario de vida. Pero ¿cómo lograr un cuento? Las ideas volaban y se me confundían en la cabeza. Y ahí me quedaba, frente a la página en blanco, con el lápiz en la mano y mirando el techo. Hasta que un día mi abuela me dio una idea: “¿Por qué no partes escribiendo de algo que ves? Te aseguro que luego de que empieces, el cuento te va a salir solo, porque las palabras son mágicas”.

Yo encontraba que mi abuela era un poco loca, pero como ya me había dado cuenta de lo mágicas que podían ser las palabras, un día le hice caso. Me acuerdo de que estaba sentada en mi cama mirando hacia la ventana cuando vi un moscardón que trataba de salir y se golpeaba contra el vidrio. “¡Pobre moscardón, qué tonto!”, pensé. Y de inmediato me vino la idea: escribiría un cuento que se llamaría El moscardón tonto. Y una vez que empecé a escribir, las palabras llegaron solas hasta que acabé la historia. Ese fue mi primer cuento. (Cuando terminé de escribir, abrí la ventana). ■



**“Me lo pasaba
escribiendo
cartas a
mis amigas”**